

---

## Catequesis de jóvenes

---

### *El sacerdote, enviado por Dios a reconciliar*

#### Para los catequistas

##### **Introducción**

Los cristianos hemos sido enviados por Jesucristo a sanar las heridas. No solo hay que atender a los enfermos del cuerpo sino también hay que curar las heridas del corazón. El perdón y la misericordia que hemos recibido de Dios nuestro Padre, a través de Jesucristo su Hijo, estamos llamados a llevarlos a los demás y a trabajar como instrumentos de reconciliación entre los hombres y de los hombres con Dios.

Perdonar no es fácil. Pedir perdón tampoco. Pedir perdón supone reconocer que me he equivocado, que he fallado, que no soy perfecto. El adolescente, por definición, es alguien inseguro, que necesita del reconocimiento y del aplauso de los demás. Cuando muchas veces insiste en que él no hace nada mal, lo que nos está diciendo es que no quiere fallar a las personas que son importantes en su vida: sus padres, sus familiares, sus amigos, a Dios. Por eso, a veces, los adolescentes y jóvenes viven con dificultad el sacramento de la reconciliación, les cuesta confesarse, pedirle perdón a Dios y dejarse llenar por su infinita misericordia. Necesitan modelos de referencia que les enseñen precisamente a reconocer sus fallos, a pedir perdón y a ser capaces de perdonar. Que les enseñen la importancia de reconciliarse con Dios, de confesarse, y de llevar ese perdón a los demás.

En estas sesiones te ofrecemos el testimonio de un sacerdote extremeño. Tu reto como animador es presentarlos de tal modo que los adolescentes descubran a través de ellos la llamada de Jesús a recibir su perdón a través del sacramento de la reconciliación y, desde ahí, ser portadores de la misericordia de Dios y plantearse si Dios les llama a alguno de ellos a ser también sacerdotes, ministros del sacramento de la reconciliación.

##### **Objetivos**

- Reflexionar sobre la liberación de saberse perdonado.
- Descubrir el tesoro del perdón sacramental
- Comprender cómo este se realiza a través del regalo que son los sacerdotes para la Iglesia.

---

## Catequesis de jóvenes

---

### *El sacerdote, enviado por Dios a reconciliar*

#### Desarrollo de la catequesis

##### *1.- Todos tenemos una herida que curar*

Todos alguna vez nos hemos equivocado. Todos, con palabras, gestos o acciones hemos podido dejar a alguien una herida, una marca, que en el fondo nos duele y sentimos que nos ata. Quizás nos ayude a entender lo que es el perdón este ejemplo: una herida.

Perdonar significa eliminar todos los sentimientos y pensamientos negativos hacia la otra persona. El resentimiento, el odio o el deseo de venganza desaparecen con un perdón sincero. Por eso podemos usar esta metáfora: el perdón supone un proceso similar a la curación de una herida. Al principio está abierta, sangra con facilidad y duele. A medida en que va cicatrizando, duele menos y deja de sangrar. El perdón supone transformar las heridas abiertas en cicatrices.

Sin embargo esto es muy costoso para nosotros. Nos gustaría perdonar y olvidar fácilmente a aquel que nos hace daño. Pero perdonar de corazón lleva su tiempo. Supone recorrer un camino, a veces largo, desde que se decide perdonar, hasta que este perdón se realiza.

Además, si la herida ha sido grande, el miembro afectado, aun curado, no vuelve a ser igual. Así nos ocurre también en el trato entre las personas. Es muy difícil, por no decir imposible, poder volver al mismo tipo de relación después de una ofensa grave. Y es que ciertamente la mente humana es como un álbum de recuerdos y no podemos esperar a que el perdón borre los recuerdos.

Pero hemos de tener presente que el hecho de que, como personas, no seamos capaces de olvidar el daño recibido, no quiere decir que no seamos capaces de perdonar. Cuando hay perdón el recuerdo (la cicatriz) sigue ahí, pero ya no duele, ni sangra, ni se infecta. Cuando hay perdón sincero nuestro corazón se vacía del veneno que supone el odio o el deseo de venganza y así nuestra herida se cura sin infectarse. En realidad recordar nos ayuda a aprender de nuestros errores para evitar los mismos errores o faltas. Incluso ser consciente de nuestros errores, y de cómo estos a veces hieren a los demás, nos ayuda a comprenderlos mejor y a perdonar con más facilidad.

Para responder cada uno:

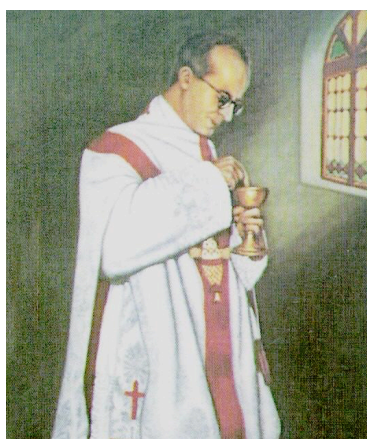
1. ¿Recuerdo alguna experiencia donde el perdonar o el sentirme perdonado haya significado para mí una liberación?
2. ¿El saber que he sido perdonado me ha marcado para comprender más a los demás?
3. Compartimos nuestras experiencias.

## 2.- ¿Necesitamos un perdón divino?

Como cristianos, también tenemos heridas. También fallamos a Dios directa o indirectamente («lo que hicisteis a uno de estos...»: Mt 25, 40). Cuando lo hacemos nos olvidamos de Dios, vivimos como si no existiera y no tratamos a los demás como hermanos. A esto es a lo que llamamos pecado. Y al cometerlo provocamos a Dios la mayor herida que podemos hacerle: separarnos de Él. Pero esto no solo es una herida para Dios, también lo es para nosotros, pues nos alejamos de quien nos puede hacer felices de verdad, encerrándonos en nosotros mismos y buscando la felicidad en cosas que nos dan momentos de bienestar, pero no una felicidad viva y verdadera.

Ante esta acción nuestra, Dios nos ha regalado, en su Hijo Jesucristo, el sacramento de la reconciliación. Cristo instituye el sacramento de la reconciliación para que los bautizados que se habían alejado de él por el pecado, pudieran volver a encontrarse con Dios. Por ello se mostró a los Apóstoles y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 22-23). El sacramento de la reconciliación es capaz de curar la herida que se produce en nosotros al alejarnos de Dios, en la que nosotros mismos nos vamos encerrando. Escuchemos un testimonio que nos puede ayudar a comprender la importancia del perdón en la sanación de las heridas:

### Don Rafael Sánchez



*Don Rafaelito, como popularmente se le conoce, nació en Oliva de la Frontera el catorce de junio de 1911 y fue ordenado sacerdote el 29 de junio del 36. Pasó su juventud viviendo como seminarista en el Seminario Diocesano San Atón de Badajoz.*

*Don Rafaelito, Rafaelito para sus amigos y compañeros seminaristas, es recordado como un seminarista modelo. No te creas que ser “seminarista modelo” era fácil en esa época, al contrario, era algo tremendamente difícil porque se necesitaba ser no solo una buena persona sino tener las ideas claras y llevarlas a la vida diaria cada día. La educación en el Seminario era muy estricta. Se valoraba mucho la observancia de todas las normas, la disciplina, la obediencia, los estudios, el deporte, la oración... Ese ambiente de exigencia y de*

*fraternidad ayudó a Don Rafael a formarse como amigo de Cristo y a querer de verdad a sus compañeros.*

*Rafaelito no sobresalía especialmente en los estudios. Eso no quiere decir que fuese un vago y no estudiase, sino que sus resultados aunque eran dignos no eran muy brillantes. Tampoco sobresalía en el deporte. En el Seminario se organizaban muchas competiciones deportivas, siendo la estrella los partidos de fútbol. Aquí don Rafael no es que fuese brillante sino que era una ruina integral, esforzado pero tremendamente patoso, el típico compañero que se elige el último cuando ya no queda a nadie a quien elegir. Tampoco era Rafael un estrella de la música. En aquella época en el Seminario había una scola cantorum y los componentes, todos chicos de voces preciosas y oído finísimo, eran muy reconocidos entre los compañeros. Participaban en conciertos e incluso iban de gira por las principales capitales europeas.*

*Rafael por tanto no destacaba ni por su inteligencia, ni por su fuerza y destreza deportiva, ni por su talento musical. ¿Qué le quedaba a Rafaelito? Sólo tres cosas: oración, servicio y sonrisa... De sus muchos ratos de oración delante del Sagrario brota una capacidad de servicio, tan continua y tan alegre, que es recordada por todos sus compañeros. En el Seminario Rafael ejerció el cargo de enfermero, como una especie de entrenamiento para el que*

*estaría llamado, años después como Capellán de hospital, a batir el record como plusmarquista en la entrega a los más necesitados y los enfermos. En la enfermería del Seminario aprendió la necesidad de desinfectar las heridas, lavándolas con agua abundante. Aprendió a aplicar los medicamentos con una sonrisa. Aprendió que, a veces, las heridas de las personas no solo están en el cuerpo sino que también hay heridas en el alma que nos alejan de Dios y nos separan de los demás.*

*Siendo ya sacerdote fue enviado como capellán al Hospital Provincial de Badajoz. Allí se le podía ver todos los días y a cualquier hora. Visitaba a los enfermos, atendía a los familiares, escuchaba atentamente los problemas de todos y siempre con una sonrisa. Dedicaba mucho tiempo también a confesar. Confesaba a los enfermos, preparándolos para estar en paz con Dios antes de una operación o de una intervención de riesgo. También confesaba a los moribundos, preparándolos para quedarse en paz antes de encontrarse cara a cara con Dios. Acogía y confesaba a los familiares, escuchándolos sin prisa y administrándoles el perdón de Dios con la comprensión de quien se sabe él mismo pecador. A veces tenía que mediar entre las familias poniendo paz en las discusiones. Todo esto lo hacía siempre con una sonrisa y con mucha sencillez, porque sabía que la misericordia de Dios, el perdón de Dios, solo puede darse desde el cariño y la alegría.*

*Su fama de santidad se extendió ya en vida, y es muy conocido y venerado tanto en la ciudad de Badajoz como en los pueblos de la provincia ya que, como capellán del Hospital Provincial, atendía a muchas pacientes y familiares de la región. Falleció el 8 de Agosto de 1973, después de una larga enfermedad. Tenía 62 años. Su fama de santidad hizo que la capilla del antiguo hospital provincial, donde fue enterrado, se convirtiese en un espacio privilegiado para celebrar el sacramento de la reconciliación. Desde su muerte, por las mañanas siempre hay un sacerdote confesando, haciendo tras su muerte lo que hacía don Rafael cada día en el Hospital: repartir la misericordia de Dios en el sacramento de la reconciliación para sanar las heridas del alma.*

El Papa Francisco ha hablado de la Iglesia como “hospital de campaña”, es decir, el espacio donde se atienden y curan las heridas del corazón a través del sacramento de la reconciliación. En ese sacramento se descubre la paz, la felicidad de encontrarse realmente con el amor de Dios. Esto ocurre cada vez que nos confesamos. El pecado es una herida muy fuerte en nuestro interior, que nos va comiendo por dentro y en la confesión Dios se acerca a nosotros y nos libera de la carga que supone nuestro pecado, curando nuestra herida más profunda.

1. ¿Cómo valoro el sacramento de la reconciliación?
2. ¿Supone para mi vida un momento de encuentro con Dios?
3. ¿Soy consciente de cómo este sacramento me compromete a caminar aún más decididamente hacia Cristo y me concede la fuerza para realizarlo?

### **3.- El sacerdote, enviado por Dios a reconciliar**

Necesitamos el perdón de Dios. Pero ¿solo se consigue a través de la confesión? ¿Por qué a través de un sacerdote? A esto nos responde el *Youcat*: ¿Quién puede perdonar los pecados? (*Youcat*, n. 228) Solo Dios puede perdonar los pecados. «Tus pecados son perdonados» (*Mc* 2, 5) solo lo pudo decir Jesús porque él es el Hijo de Dios. Y solo porque Jesús les ha conferido este poder pueden los *presbíteros* (sacerdotes) perdonar los pecados en nombre de Jesús.

Hay quien dice: esto lo arreglo yo directamente con Dios, ¡para eso no necesito ningún sacerdote! Pero Dios quiere que sea de otra manera. Él nos conoce. Hacemos trampas con respecto a nuestros pecados, nos gusta echar tierra sobre ciertos asuntos. Por eso Dios quiere que expresemos nuestros pecados y que los confesemos cara a cara. Por eso es válido para los sacerdotes: «A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 23)

Dios ha querido regalarnos el sacramento de la reconciliación a través de la Iglesia. Y, dentro de ella, a través de los sacerdotes, a quienes ha enviado para ello y a quienes les otorga su fuerza para perdonar los pecados (cf. *Youcat*, n. 236). Por ello es un regalo el sentir que Dios se sigue preocupando de nosotros. Esta preocupación de Dios por nosotros tiene tanta importancia que así recordaba el papa Benedicto XVI a los sacerdotes la misión de reconciliar a los hombres con Dios:

Queridos sacerdotes, vuestro ministerio tiene sobre todo un carácter espiritual. Por tanto, es necesario unir a la sabiduría humana y a la preparación teológica, una profunda espiritualidad, alimentada por el contacto orante con Cristo, Maestro y Redentor. En virtud de la ordenación presbiteral, de hecho, el confesor desempeña un peculiar servicio “*in persona Christi*”, con una plenitud de dotes humanas que son reforzadas por la Gracia. Su modelo es Jesús, el enviado del Padre, el manantial abundante al que acude es el sople vivificante del Espíritu Santo. Ante una responsabilidad tan elevada las fuerzas humanas son sin duda inadecuadas, pero la humilde y el adhesión a los designios salvíficos de Cristo nos hace, queridos hermanos, testigos de la redención universal que Él actúa, aplicando la admonición de san Pablo, quien dice: «En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo (...) poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación» (2 Cor 5, 19).

¡Cuántas personas en dificultad buscan el apoyo y el consuelo de Cristo! ¡Cuántos penitentes encuentran en la confesión, la paz y la alegría que perseguían desde hace tiempo! ¿Cómo no reconocer que también en nuestra época, marcada por tantos desafíos religiosos y sociales, hay que redescubrir y reproponer este sacramento?<sup>1</sup>.

En el sacramento de la reconciliación, los sacerdotes se transforman en un reflejo privilegiado de la misericordia de Dios. A través de ellos recibimos el regalo del perdón y de la comunión con Dios. Por eso es preciso que, como cristianos, valoremos profundamente su figura y su labor y agradezcamos a Dios, y a nuestros mismos sacerdotes, la gracia que se nos transmite a través de sus manos.

1. ¿Siento a los sacerdotes como un regalo de Dios?
2. ¿Me siento responsable, con mi oración, de pedir más vocaciones sacerdotales?
3. ¿Me he preguntado alguna vez si Dios me llama a mí para este servicio?

#### **4.- Conclusión**

En este Día del Seminario 2016 ofrezcamos nuestra oración por los sacerdotes, agradeciendo a Dios por el don de su sacerdocio, por hacerlos instrumento de su misericordia al enviarlos a reconciliar, poniendo en sus manos la gracia del perdón. Pidamos también por las vocaciones sacerdotales, haciendo nuestro el mandato de pedir obreros para su mies (cf. *Lc* 10, 2), testigos misericordiosos del Amor de Dios.

---

<sup>1</sup> Benedicto XVI, *Discurso a los Penitenciaros de las cuatro basílicas papales de Roma* (19.II.2007).